

*No somos ni tan ángeles ni tan demonios, no somos tan excesivos
ante la naturaleza*

*No estamos tan aislados en nuestra generosidad o en nuestra
perfidia*

Historia sin fin

Mónica Reinartz Estrada

(Estados Unidos, 1966-v.)

Poeta, Zootecnista y Médica Veterinaria. Especialista en Didáctica Universitaria de la Universidad de Antioquia. Doctora en Ciencias de la Educación de la Universidad de Montreal (Canadá). Actual Posdoctorado en Didáctica de la Neurofisiología en la Universidad de Antioquia. Profesora Asociada de la Universidad Nacional de Colombia. Representante de la misma institución ante el comité científico del ORSALC-UNESCO. Acreedora de numerosas distinciones, becas y reconocimientos nacionales e internacionales. Autora de varios libros, capítulos de libro y artículos.



Resumen

Este texto, escrito a la memoria de cuatro importantes personas en la vida de la autora, concentra su mensaje en la idea: “mueren los maestros, perduran sus enseñanzas”.

Palabras clave

Amor por la enseñanza, bondad, generosidad, maestro, sabiduría.

*A Heinrich Reinartz Rotstegge (padre),
Jorge Alberto Naranjo Mesa, Sergio Octavio Giraldo Molina y
Óscar Álvarez Ángel (tutores)*

Recibió de las manos de un ser lleno de sabiduría y bondad varios pergaminos delicadamente enrollados, envueltos por una tenue nube dorada y tan antiguos como el reino del sol. Con ellos le fue confiado el misterio milenario, el cual, por tradición, debía ser entregado a los discípulos y, como sucedía en ese momento, solo sería posible tomar conciencia del mismo al morir el maestro; únicamente en ese instante le sería permitido recordar el secreto y trascender.

Al despertar vio los pergaminos sobre su cama, rozando su cálida piel; su mente luchó unos instantes, incrédula, pero ya no podía evadir su misión. La aceptó sin temor y se dispuso a cumplir los preceptos que con amor habían sido indicados por su antecesor; ahora era consciente del poder de aquella información.

Dedicó su vida a la enseñanza; intuía que esa era la vía. Se convirtió en un gran orador y sus palabras producían un encantamiento a quien lo escuchaba; su voz, rocío que se posaba en el corazón, llenaba el vacío e iluminaba la noche del alma.

Recorrió el mundo y después de mucho vivir sucedió lo que se esperaba: atrajo a un discípulo que lo siguió sin descansar, que lo escuchó con atención y lo amó sin límites, a quien el maestro entregó sin reserva todo su conocimiento, instruyéndolo en artes y ciencias, contagiándolo de su amor por la verdad; le enseñó las vías secretas y lo llevó a lugares mágicos, explorando los confines del pensamiento.

Algún día el discípulo descubrió los pergaminos y con sigilo sació su curiosidad. Su mirada, en un instante de eternidad, se encontró con la de su maestro. Fugaces, pero nítidas, pasaron frente a ellos imágenes del camino recorrido juntos, y después de un lapso de respiraciones forzadas, partió.

Tras la mezcla de emociones y una momentánea inmovilidad, el discípulo se sintió despertar; deslizó el velo de su realidad, emprendió su camino para contagiar el amor por la enseñanza y el conocimiento; quemó los pergaminos.

